



Subercaseaux

SOCIEDAD CRIOLLA, SOCIEDAD INDIGENA Y MESTIZAJE

JOSE BENGEOA



Juan Ignacio Molina

Uno de los caminos para que una sociedad logre una identidad en la que sus miembros puedan reconocerse, es la aceptación de un origen primigenio común. En Chile, ello requiere un acto previo: develar los estereotipos cambiantes y contradictorios con los que se ha percibido y se percibe a la sociedad mapuche, y que hoy son aplicados no sólo al araucano, sino también al pueblo urbano marginal.



Familia Mapuche fines del siglo XIX
Museo Histórico Nacional

SOCIEDAD CRIOLLA, SOCIEDAD INDIGENA Y MESTIZAJE

Ensayo histórico acerca de los desencuentros
y estereotipos de la sociedad chilena.

José Bengoa

Profesor, investigador de SUR.



Araucana amamantando.
Virgino Arias.

Ha sido el Reino de Chile desde los principios de su conquista el Flandes del Nuevo Mundo, el palenque y estacada del más conocido valor en la América, así de parte del español en su conquista, como del araucano en su resistencia; ha sido la escuela de la más bien disciplinada milicia, el crisol de la más valerosa constancia y lealtad.

Alonso de Ovalle, 1646.

INTRODUCCION

En el origen de nuestra nacionalidad se encuentra la cuestión indígena y el mestizaje. La cultura criolla, las costumbres y conductas de los hombres y mujeres que habitan este territorio, provienen en buena medida del desafortunado desencuentro de indígenas y españoles. En la historia moderna del país, chilenos-criollos y descendientes más o menos mezclados de los antiguos conquistadores, han continuado desencontrándose con los mestizos que conforman la mayoría del pueblo de este país.

Es quizás por ello que la cuestión mapuche continúa siendo un eje simbólico fundamental de la sociedad chilena moderna.

La guerra primordial del lluvioso sur de Chile, pareciera haber continuado hasta nuestros días en las guerras sociales y políticas que dividen a los chilenos, como antaño la frontera del Bío Bío dividía a las dos naciones beligerantes.

La sociedad mapuche se encuentra en el origen de la sociedad nacional, la historia araucana es el mito de creación de la sociedad chilena. Así como otras culturas simbólicamente nacen de Rómulo y Remo o de Manco Capac y Mama Ocllo, en Chile la sociedad surge del encuentro, combate y derramamiento de sangre entre Lautaro y sus mocetones y Pedro de Valdivia y sus tercios. La imagen escolar, culturalmente difundida, esculpida en estatuas tan deformes como la de don Pedro de Valdivia en la Plaza de Armas de Santiago, es la de dos titanes que se encuentran en un territorio de promisión. Defienden con igual entereza sus principios, su raza, su Dios, su derecho a vivir en esta tierra. De este desencuentro surge Chile.

¡Qué le vamos a hacer! A diferencia de tantos países que nacen de la unión fecunda entre una fuerza masculina y una femenina; a diferencia de otros en que el invasor domina al invadido, generando un jerarquizado y desigual encuentro, acá en esta larga tierra del sur, la vida moderna se origina en el combate.

Ambos contrincantes se unen a este suelo porque derraman en él su sangre; quizás por eso Caupolicán es más homenajeado que Lautaro —traicionador en Peteroa en confusas circunstancias—; así como Leucotón 'macanés' a



Grabado en la *Historia Relación del*
Reyno de Chile.

Pedro de Valdivia cerca de la plaza antigua de Cañete, así también los mocitos de don Hurtado, 'picanearon' al gran tuerto araucano. Ambas razas se juntaban en el derramamiento de sangre, la oposición primera, la lucha secular, y también en el mestizaje; la confusión, aceptada a medias, de las razas que pisan este suelo.

El origen de la contradicción, el origen del país, coincide con el origen de la raza; el mestizaje del aborigen con el ibérico. Barraganería española junto a la poligamia indígena facilitaron las cosas. Los censos, imperfectos y todos, nos van mostrando el rápido aumento de la población mestiza, y la disminución de los indios puros —al norte del Bío Bío— y también la cada vez más baja proporción de españoles provenientes directamente de la península. Por más que se diga e insista en que nuestra raza es blanca y pura, tiene en el mestizaje su origen primordial. El pueblo de este país es mestizo, su gente de rasgos mapuches, mezcla entremezclada del castellano pobre que venía a buscar fortuna por estas tierras y que no traía mujer, pero sí necesidades que templar. Durante la Colonia, las cláusulas del Cabildo, de los curas y religiosos para que "se casaren y no viviesen en pecado", llenan libros.

Origen histórico del país, origen mítico de la nación, origen racial del pueblo, son tres fundamentos que explican la fascinación que produce la cuestión indígena, y el trauma que la acompaña.

Esto es lo grave: este país no tiene resuelto ni siquiera su origen. No sólo es problema de los historiadores, es un asunto general de la cultura. La población no se reconoce en un origen primigenio común que le otorgue unidad. Casi todos los pueblos lo tienen, por lo demás. Los chilenos que surgen de este encuentro desencontrado, no reconocen su origen mestizo, ni menos su origen indio. Se produce la paradoja de que quienes exaltan al araucano que entregó su sangre en defensa de la patria, no aceptan su propia indianidad y, además, desprecian a los indios propiamente tales. Pensamos que es el largo conflicto de las guerras araucanas el que posibilita que en Chile el indio sea percibido simultáneamente como "valiente y noble guerrero" y como "flojo, borracho y ladrón". Dos imágenes estereotipadas polares que obviamente no dejan ver al indio mismo. Se lo exalta a los Olimpos heroicos de los semidioses o se lo rebaja a la categoría de salvaje despreciable.

Para poder manejar culturalmente situaciones conflictivas, las sociedades establecen conjuntos de estereotipos. El estereotipo es una imagen deformada, no necesariamente carente de toda realidad, que la sociedad, las clases sociales, los grupos humanos en general, se fabrican acerca de otros grupos humanos. Así se facilitan las relaciones, se aclaran las conductas y se simplifica la realidad que, por compleja, podía ser inmanejable. Se dice, que "los alemanes son trabajadores", "los ingleses son puntuales", y cosas por el estilo de cada pueblo. Si bien puede ser una característica importante de ese grupo humano —la laboriosidad, la puntualidad, la sensualidad, etc.— la imagen o discurso estereotipado simplifica la realidad, generalmente la deforma, no explica las causas y contexto de esa característica y, por lo general, obedece a intereses que no son justamente el conocimiento de ese grupo humano.

La historia de los estereotipos de la sociedad chilena con respecto a los mapuches ofrece varias perspectivas de interés; por una parte, permite ver lo que la sociedad chilena piensa de sí misma, ya que el estereotipo viene a ser una especie de espejo deformante donde se mira la sociedad; por otra, nos



Muerte de Pedro de Valdivia.



Baño araucano (fragmento). Oleo de Pedro Luna



Dibujo de Ramón Rubirats.

abre una perspectiva más amplia acerca de nuestras posibilidades de conocer una sociedad diferente a la nuestra. Los estereotipos nublan de tal manera la mirada, que casi necesariamente vemos en la realidad sólo aquello que estas especies de *a priori* o categorías de la cultura nos predeterminan. Si alguien va al pueblo de Nueva Imperial con la imagen de los indios "flojos y borrachos", seguramente volverá reforzado en su imagen y opinión; efectivamente es más fácil para esa mirada predeterminada ver los indio borrachos, que sí los hay, que ver a quienes trabajan duramente, que también los hay. Por otra parte, los estereotipos acerca de la sociedad indígena constituyen la matriz histórica profunda donde se construyó, construyen y reproducen los estereotipos de las clases ilustradas con respecto al pueblo. Indio, mestizo y pueblo viene siendo una e igual cuestión. Los indígenas como sujetos salvajes peligrosos, dan lugar a las "clases peligrosas", los pobres, que además son salvajes y amenazan permanentemente con sobrepasar sus fronteras y arrasarlo con la cultura cristiana y occidental.

Los estereotipos que las clases ilustradas desarrollan acerca del pueblo, indio y mestizo, son la base para justificar los desencuentros sociales, la guerra larvada o desatada. Las imágenes positivas pueden exaltar la guerra en sí misma o defender al pueblo beligerante; las imágenes negativas reafirman el discurso invasor, apertrechan de ideas y justificaciones las balas de los cañones.

Los estereotipos constituyen un asunto terriblemente complejo, porque no actúan sólo sobre la sociedad o grupo que los crea, produce y reproduce, en función de la necesidad de explicación que posee acerca de sus orígenes y mestizajes. Actúan extrañamente sobre los mismos afectados, esto es, en este caso, sobre los mapuches. La visión heroica despierta el heroísmo, la versión peyorativa despierta la marginación y el resentimiento; conductas estereotipadas de los mapuches —por ejemplo, en relación a la sociedad chilena— tienen su origen en este fenómeno. Un autor comentaba recientemente, en un estudio lingüístico, que los mapuches utilizan un cierto tipo de castellano para su relación con las autoridades, es pobre en palabras, entrecortado en el hablar, tutean a las autoridades, las tratan de "taititas", etc.; es decir, les hablan "como indios"; suponen que las autoridades esperan que los indios —estereotipados— les hablen "como hablan los indios"; y los "indios", que saben hablar español de corrido, se ubican en su papel y les hablan entrecortado, "como indios". Esto, que se ubica en el terreno de lo anecdótico, tiene consecuencias más trágicas para los propios mapuches, como veremos más adelante.

Una breve historia de estos estereotipos nos puede mostrar la forma que tiene la cultura chilena de arreglar cuentas, de manejar sus propios orígenes. Puede ser de interés para un análisis más complejo de la cultura de este país, o de su incultura. Pero hay otra vertiente fecunda que inspira y anima este ensayo: cuando hablamos de mapuches, estamos también hablando de este pueblo mestizo, de las llamadas "clases bajas", del pueblo como se lo entiende hoy día. Y los estereotipos que los "chilenos cultos" han tenido respecto a los indígenas, tienen mucho que ver con las imágenes que las clases medias y altas tienen del pueblo arrotado, del "populacho de mechas tiesas", trenzas retintas, ojos achinados, mezcla mezclada de razas americanas y europeas. Indios y españoles, blancos y morochos, en fin, lo que aquí hacemos es hablar del racismo, del mestizaje, de las imágenes profundas que pueblan nuestra sociedad.

Una "breve historia de los estereotipos" debería llamarse esta parte del trabajo que ahora emprendemos. Y así debería ser, porque la historia de los estereotipos ha ido variando a lo largo de los cuatrocientos y tantos años de desencuentros. La sociedad criolla, mestiza y española, que ha habitado el suelo de Chile, ha tenido diversas ideas de sí misma y, por lo tanto, diversas imágenes de las sociedades que la circunscribían y, en especial, de la sociedad que la limitaba y guerreaba. La historia de los estereotipos expresa en el nivel de las representaciones imaginarias colectivas, lo que son y han sido estas relaciones. Estas representaciones obedecen a necesidades culturales de sobrevivencia de una sociedad; necesidad imperiosa de explicar la guerra, la derrota y el derecho a guerrear. El conquistador debe crear un discurso adecuado a su conquista.

EL INDIO DE LOS ORIGENES: LA EPICA ARAUCANA

El encuentro de las dos culturas en ambas provocó modificaciones; ambas se resintieron con el fracaso de sus empresas: la conquista para el español, la independencia para el aborigen. El enfrentamiento en el sur de Chile fue terrible por ambas partes. Los españoles, a los pocos años de iniciada la contienda, perdieron nada menos que a su jefe, su Capitán General, el adelantado aventurero de estas latitudes australes. En el enfrentamiento, los mapuches perdieron más hombres y mujeres por las pestes que como consecuencia de las armas castellanas. Los pocos españoles eran portadores de sofisticadas variedades de bichos minúsculos. Las viruelas y el simple sarampión provocaban estragos; el chavalongo (fuertes dolores de cabeza en lengua mapuche) o tífus llevaba a la muerte; llegó el "resfrió común", maravillosamente desconocido hasta entonces en estos húmedos inviernos. El contacto fue terrible; los cronistas españoles cuentan que en las batallas se retiraban decenas de guerreros mapuches en medio de vómitos y dolores insoportables que les impedían actuar. En los primeros cincuenta años de contacto desencontrado, un cálculo conservador estima una disminución de entre un medio y dos tercios de la población indígena que habitaba en Chile.

En el primer enfrentamiento de las dos razas encontradas, surge el primer estereotipo: *La Araucana*. Ercilla canta las glorias castellanas enalzando la gallardía de sus contrincantes: "*ni a extranjero dominio sometido*". El español se pregunta cuál es este pueblo que ha detenido el avance incontinente del conquistador castellano:

*no ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada¹*

Se trata de un pueblo único en su especie, una raza de singular gallardía, una raza que —se dice— tenía la guerra como principal afición. Perder o ganar con esta gente resultaba algo digno de hacerse, era parte de una epopeya.

*grande en el cuerpo y áspero en la vista
con un cuello lozano y paso tardo
detrás del cual iba un tropel de gente
arrogante, fantástica, valiente.*



Grabados de conquistadores en el libro del Padre Ovalle.

¹ No cansaremos al lector con citas, en la medida que todos los textos que transcribimos son de amplia difusión y fácil acceso. Al final pondremos una bibliografía.



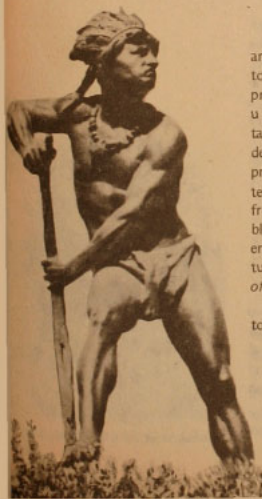
Tucapel era tan alto y tan arrogante como el Cid Campeador, que junto a sus hombres "fantásticos, valientes" cabalgaba por la planicie castellana. El mito originario español, el enfrentamiento godo con el moro, se reproduce extraordinariamente en nuestro sur de Chile. Los indios son héroes ciclópeos, individuos llenos de orgullo y dignidad, defensores de una tierra que ha visto nacer:

*era este noble mozo de alto pecho
varón de autoridad, grave y severo
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso, justiciero.*

Caulpolicán, así retratado, es semejante a un conductor de pueblos, ya sea éste Grecia, Roma o el reino de Castilla y Aragón. Hermosa descripción de contrincante, aunque después lo sienten vilmente en la pica de Cañete.

La guerra, la larga guerra sin victorias y con muchas derrotas, la independencia sostenida por los araucanos, es explicada por la "soberbia indómita". En uno de los versos más hermosos, Galvarino manifiesta su desprecio al español. El discurso expresa la visión que éstos ya se habían formado de los araucanos, imagen que perseguirá a la sociedad criolla hasta nuestros días:

*y si pensais sacar algún provecho
de no llegar mi vida al fin postrero
aquí, pues, moriré a vuestro despecho
que si quereis que viva, yo no quiero
al fin iré un tanto satisfecho
de que a vuestro pesar, alegre sincero
que quiero con mi muerte desplazaros
pues sólo puedo en esto ya ofenderos.*



La arrogancia frente a la muerte, el culto sagrado de la libertad, el desprecio total ante el invasor, serán destacados una vez y para siempre por Ercilla. Seguramente no es todo invención del poeta; es más bien su lectura castellana de la actitud indígena, su interpretación de lo que veía con sus ojos, o le contaban los soldados que antes lo habían visto u oído. Los mapuches seguramente poseían una relación con la muerte de carácter animista, muy diferente al cristianismo medieval peninsular. Se dice que creían que "el alma" del guerrero se convertía en "Pillán" e iba a morar a los grandes volcanes y cerros; muerte propiamente no había; lo que ocurría era transformación. Dolor y miedo frente a la muerte posiblemente no había o se expresaba de manera muy diferente al dolor cristiano enfrentado a un tránsito —muerte, juicio, premio y castigo—, por lo general lleno de tinieblas, temores, dudas e incertidumbres. Para el guerrero araucano, la vida y la muerte eran, seguramente, estados mucho más cercanos, más ligados a diversos procesos de la naturaleza. La lectura del español será según su propio código; "pues sólo puedo en esto ya ofenderos", dice el arrogante capitán.

Y esta arrogancia no es sólo individual; por el contrario, se expresa en la conducta de todo el pueblo. Y dice el indio indómito:

*no pienses que aunque muera aquí en tus manos
ha de faltar cabeza en el estado,
que luego habrá otros mil caulpolicanos,
más como yo ninguno desdichado.*

Caulpolicán de Nicanor Plaza.

Aunque Estado como tal nunca lo hubo, sí cabezas (lonko), que tomaban las riendas de algún asunto de guerra, al parecer en ceremonia semejante a la relatada por Ercilla. Los *cahuines* mapuches —reuniones de familias emparentadas que elegían quien los condujera— eran la base de una estructura política difícil de atacar y que necesariamente debía ser interpretada como los “*otros mil caupolicanos*” dispuestos a asumir el poder. Ercilla adorna a los mapuches con trazos helenistas muy en boga en las letras de la época de su tiempo. Será una imagen que fácilmente traspasará las fronteras de la realidad y se ubicará en el espacio mítico de los comienzos de la historia, cuando no había historia.

En esta imagen maravillosa y encantada de los orígenes de nuestra sociedad, se ven enfrentadas dos culturas ciclópeas, representadas de parte y parte por campeones dignos de cualquier Olimpo. El relato patriótico ha ido esclerotizando el texto en el nivel simbólico de la cultura nacional, y ha ido haciendo que cada parte asuma fielmente su rol específico. Los españoles aparecen representados como cultos señores de Castilla, extremeños llenos de altruistas valores, fundadores de una civilización católica, cristiana y occidental, diríamos, basada en la fe y la aristocracia quijotesca. Los propios mapuches, cuando quieren imaginarse a Lautaro, lo ven tras la visión estereotipada que tanto los españoles, como el desencuentro, han formulado. El Lautaro de verdad, desapareció hace ya mucho tiempo no sólo del recuerdo de los propios mapuches, sino que su reconstitución sería fuertemente negada y rechazada por sus descendientes. Lo que importa para la cultura no es la verdad de los hechos, sino la interpretación que la sociedad ha realizado de ellos. El inicio de la historia nacional enfrentó a dos grandes pueblos y ése —aparece— es el origen de nuestra grandeza. Agregáramos que el desencuentro inicial podría ser visto como el origen de nuestras miserias: el mestizaje no asumido, la sociedad construida sobre la guerra.

EL DESPRECIO POR EL SALVAJE EN EL ORIGEN DE LA HISTORIA

Pero esa imagen mitológica del encuentro de dos culturas combatientes —imagen quijotesca, épica, medieval, en que el combate y el guerrear eran las artes más preciadas de los hombres— no era enteramente funcional a la conquista. La guerra se prolongaba mucho, y también los temores y sinsabores de los recién llegados. Las minas debían ser abandonadas, los trabajos interrumpidos, no había brazos para arrancarle los tesoros a la tierra. La sociedad criolla necesitaba una explicación más sólida; menos poética quizá, pero más contundente. Fue naciendo con creciente energía la imagen de la barbarie, del salvajismo; oposición clara y definitiva entre los cristianos civilizados que tenían Dios y Rey, y los bárbaros que no reconocían lealtades superiores a sus propias voliciones.

*no tienen cabeza, ni reconocen superior,
no tienen palabra, no tienen ley,
fáltales la fe y la reputación,
sobre este punto, se gobiernan todos
según su ambición...*

Es el *Epítome Chileno* de Santiago de Tesillo (1648), rescatado por don José Toribio Medina. La falta de realeza, jerarquías; en fin, de poder político centralizado, es percibida como uno de sus principales defectos. La valentía, la arrogancia, el amor a la libertad, el deseo de guerrear son vistos desde el lado opuesto al canto épico. Son valientes porque no conocen el peligro, arrogantes por incultos y salvajes, aman la libertad porque no conocen de leyes y realezas, se guían por sus propios deseos haciendo lo que les place.

*el amor a la libertad adormece en ellos la
consideración del peligro.*



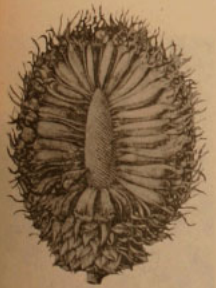
Indio del Valle de Arauco. Dibujo de Fray Diego de Ocaña (1600). Universidad de Oviedo.



Huemul, en el Atlas de Claudio Gay.



India araucana, dibujo de Fray Diego de Ocaña (1600).



Araucaria araucana, pehuén. Dibujo de Eugenio Silva Rafols.

La libertad ya no aparece ante el español como un valor del adversario, sino como síntoma de atraso; por tanto, se impone una labor de evangelización y sometimiento a la cultura católica.

compite en ellos el valor con la variedad, la inconsistencia con el denuedo, hoy dan la paz y mañana la rompen, son hombres fácilmente antojadizos, tan prontos en juntar ejércitos como en tramar conjuraciones.

Ya estamos ante otra imagen de indígena: es un ser pegado a la naturaleza, a los caprichos de la sensualidad. Se opone la cultura ascética del cristianismo español postmedieval, que ve en el dominio sobre "la naturaleza pecaminosa" el camino de santidad y salvación. Los indígenas se les aparecen como entes naturales en que no opera la voluntad, clave de la cultura.

son a manera de ríos detenidos o represados que cuando rompen arrojan de sí los más espumosos huracanes...

La fuerza que detenía el avance español hacia el sur del territorio, no provenía de la oposición de otra cultura, sino de la naturaleza misma. Los indígenas eran vistos como parte de una naturaleza indómita, difícil de conquistar, pero cuyo sometimiento se encontraba en la lógica de la expansión del catolicismo, el Dios y el Rey de los cristianos. Bajo una forma religiosa aparece ya esbozada la distinción decimonónica entre civilización y barbarie.

En las primeras décadas de conquista comienza también a surgir la imagen del "indio flojo", que será otro estereotipo negativo que recorrerá la historia de desencuentros entre estas sociedades, y entre el pueblo y las "clases ilustradas". Alonso González de Nájera, ya en el 1600, señalaba:

como jamás ponen manos en cosas de algún trabajo no se hallarán entre todos los indios uno que tenga callos en ella.

En la percepción que el español tiene del mapuche, éste no trabaja. Y, efectivamente, "no trabajaba" en el sentido preciso que para el español tenía ese concepto. Desde hacía muchos siglos, los ibéricos eran agricultores y cultivadores, domesticados en el pago de tributos, diezmos, y todo tipo de aportes a los señores de la tierra. Los siglos de domesticación agrícola habían dado al concepto de trabajo un sentido muy preciso. Se trataba del concepto agrícola, campesino, industrial, sobre todo en tierras magras, duras de labrar, difíciles para alimentar al señor y al propio campesino. Levantarse al clarear el sol, abrir las tierras, cultivar las plantas, guardar y pacer el ganado, cercar los retazos de cultivo y acostarse rendido al oscurecer. El mapuche, cazador de huemules, putús, guanacos, taguas y todo tipo de aves, no cumplía horarios campesinos de trabajo. El pescador de lagos, ríos y mariscador de mares y rompientes, experto en el uso de anzuelos y arpones ligeros, no respondía al modelo labrador. La agricultura entre los mapuches —y, en general, la domesticación de animales, aves y plantas— estaba recién en sus inicios. La ganadería consistía en pequeñas crías de chilihueques, especie de huanacos más pequeños y patojos; "ovejas de la tierra" les llamaron los españoles, y al parecer abundaban, tanto en su versión cerrina como domesticados; eso significaría que eran indistintamente cazadas y criadas. Había una especie de puerco que también era silvestre y semidomesticado; la gallina ya era bien manejada y abundaba. Entre los vegetales, se cultivaba principalmente la papa y el poroto grande —hoy día llamado "pallar", al parecer proveniente del Perú— igual que el maíz y la quinoa, según algunos autores introducida menos de un siglo antes como consecuencia de la expansión hacia el sur del Tawantinsuyo incaico. Esta agricul-

tura era aún muy rudimentaria y contaba con pocos instrumentos de labranza, entre ellos principalmente el palo excavador de una punta y los palos de dos y tres dientes.²

Las evidencias que tenemos, tanto de los cronistas como de los restos arqueológicos de la cultura mapuche, hacen suponer que se trataba de una "horticultura de claros de bosques" u "horticultura de vegas", que no requería de riego; poseían estas vegas gran humedad, incluso en el verano, y por tanto no requerían de una tecnología de riego muy desarrollada. La voz mapuche "huapi" o "wapi", que normalmente se traduce por "isla", se referiría a estos espacios aislados de cultivo, donde se sembraban papas de la manera más simple: cavar un hoyo con el palo, poner una papa —semilla—, tapar y esperar que creciera y produjera para cosechar. Obviamente esta horticultura estaba determinada por las necesidades de consumo, y poco trabajo demandaba. Las mujeres eran las encargadas de realizar estas tareas, correspondiéndole a los hombres salir a cazar, pescar, recoger piñones en las cordilleras, mariscar en las playas y roqueríos costeros.

No estamos en presencia de una sociedad agrícola, campesina, donde el trabajo ordenado y sistemático es la fuente de sobrevivencia y reproducción. La mapuche era una sociedad protoagraria y, por tanto, habituada a regímenes de alimentación, obtención de alimentos, etc., muy diferentes a los de la sociedad europea de la época. El cazador, como se sabe o se puede suponer, come cuando tiene caza, y trata de comerse toda la caza, ya que posiblemente no la puede conservar; los mapuches no conocían más que el ahumado y el asoleado/secado, como sistema de conservación. El labrador come varias veces al día, no de acuerdo a la ocasión en que obtiene alimento, sino de acuerdo a una pauta cultural. El hambre, aunque nos parezca de lo más pegado a la naturaleza, es esencialmente cultural; se come una, dos, tres veces al día según una pauta socialmente estructurada. La naturaleza determina las necesidades de alimentación; la cultura transforma la necesidad en un sistema social, un sistema de relaciones tanto con la propia naturaleza, como con los hombres entre sí. Esto, que ha sido demostrado y analizado por la antropología moderna, no era de fácil comprensión para el duro español que venía a guerrear, para el comerciante que buscaba metales y ganancias, ni menos aún para el fraile que pretendía evangelizar infieles, convencido sin más preguntas de que su fe era la única valedera y sus costumbres las mejores.

En este contexto, no es de extrañar que el español visualizara al indígena con el estereotipo de flojo. Flojo porque no trabajaba, tal como sabía de trabajos el hombre campesino del fin del medioevo español.

... digo que la gente es indigna de llamarse racional, porque es ajena de toda virtud, hechicera, supersticiosa, agorera, sin justicia, sin razón, sin verdad, sin conciencia, y sin alguna misericordia; más crueles que fieras, y principalmente sin Dios, pues no le conocen ni guardan alguna religión, y esto se puede decir que no hacen por no tener que obedecer ni servir a otros que a sus vientres...

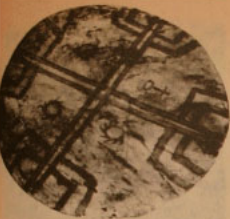
Alonso González de Nájera

El encuentro con el Inca había sido para el español de otra naturaleza. Allí había un rey, aunque no fuera el rey de los castellanos, y había un Dios, aunque no fuera el verdadero. Los indígenas peruanos no podían ser vistos como flojos; las enormes terrazas de cultivos, la irrigación complicada, la ganadería de auquénidos, en fin, la riqueza del Cuzco desmentía por sí misma el hecho. El mestizaje fue aceptado y, más aún, en ciertas épocas propiciado. La matriz mestiza del Perú no es puesta en duda por nadie; por el contrario,



Rito en cementerio mapuche.

² Cooper nos ha entregado una descripción detallada de las herramientas, animales y plantas domésticas, y todo tipo de utensilios de esta cultura.



Cultrún o tambor machi. Museo Nac.
de Hist. Natural.

a pocos años de la conquista, el Inca Garcilaso de la Vega tenía en honra ser hijo de un caballero español y una *Nusta* incaica. Las dos culturas se habían encontrado y fundido en un sistema de dominación que, sin acabar con el ayllu —la comunidad campesina indígena—, lo puso en función de sus intereses coloniales.

En el sur de Chile —como en otras partes de América— los españoles se encontraron ante un pueblo que no sólo no trabajaba, sino que no tenía Rey ni Dios. La ausencia de religión fue el elemento probatorio principal de la barbarie y salvajismo de los naturales. Y, efectivamente, los mapuches no poseían —ni poseen— religión, en el sentido estricto del término. Su relación con la divinidad no pasa a través de un marco rígido de mediaciones prescritas. Así como no había centralismo político, tampoco existía entre los mapuches un sistema religioso centralizado, aunque sí se daba una fuerte relación con el ser superior. Los pillanes, fuerzas animistas —al parecer— de la naturaleza, presidían la vida y muerte de los hombres; probablemente hubo una transformación creciente de las creencias a consecuencia del contacto. Desde una visión principalmente animista, en la que el ser superior era al parecer dual, se fue transitando a la concepción de Nguéché, Dios abstracto, relativamente fuera del mundo, el que se alcanza a través del rito propiciatorio del Nguillatún; esto es, a través de un acto chamánico de transportación. En los primeros tiempos, recién llegados los españoles, no aparece con tanta claridad la existencia de este ser superior desprendido de las fuerzas animísticas de la naturaleza³.

Para el hombre medieval, sobre todo los frailes y curas en general, acostumbrados a la presencia agobiante de la religión y a la ausencia angustiante de Dios, no podía menos que extrañar un pueblo que no reconocía una metodología precisa para alcanzar al ser superior y, por el contrario, se relacionaba con él en todo momento y lugar, alzando solamente la vista hacia los volcanes. “No tienen Dios”, gritaban los españoles por toda América, “son ateos”. La religión tenía que llegar a ellos, la conquista y colonización era una obra de salvación.

DOS VISIONES DEL INDIO, EL SURGIMIENTO DE LA NACIONALIDAD

Así es: una visión positiva del guerrero araucano, frente a una visión despreciativa del indio flojo, borracho, sensual, que no tiene Dios ni Rey. El tema será de tal importancia, que en torno a su discusión se irá constituyendo el discurso criollo. Se trataba ni más ni menos de valorar o rechazar el mestizaje, tema y cuestión que nos llega hasta el día de hoy. Dificultad terrible de esta sociedad mezclada, incapaz de convivir con sus raíces. Drama del país de no poder abandonar los estereotipos de la guerra y construir una ideología de convivencia y paz. Enemigos heroicos, o enemigos salvajes; guerrear o evangelizar, pero nunca capacidad de convivir. En el rastro de nuestros antepasados, no podemos menos que ser escépticos respecto a las relaciones que han establecido y establecen los hombres que habitan este territorio.

Hay, sin embargo, excepciones; honrosos llamados a la concordia, al respeto mutuo, a la ruptura de las visiones estereotipadas. Pineda y Bascuñán, joven soldado español que cayó prisionero de los mapuches en la batalla de las Cangrejeras, tiene quizá el mérito de haber sido el primer indigenista, y haber planteado por primera vez la cuestión de la fusión y la convivencia. Después de haber roto con los estereotipos gracias a su *Cautiverio*

³ Es necesario un estudio evolutivo de la religión mapuche, analizando la matriz primigenia de corte cazadora-recolector; pasando por el proceso de contacto cultural y, por tanto, de transformación cultural; y culminando con la visión comunal postreduccional del siglo XX, que tiene raíces campesinas antes desconocidas.

Feliz, visualizó la posibilidad de detener la guerra permanente mediante el respeto mutuo entre ambos contrincantes. Visión romántica e idealizada de los mapuches, que critica don Diego Barros Arana varios siglos después, lo acusa de haber leído demasiadas novelas e historias de la antigüedad, en que la vida junto a la naturaleza aparecía cargada de signos positivos. Puede ser, pero por leer libros de caballerías acusaban al Hidalgo de la Mancha de estar loco.

Pineda reproduce el relato de un viejo cacique en que por primera vez desde el lado español, se critica duramente la conquista y se justifica la resistencia araucana:

Habéis de saber capitán que cuando entraron los españoles en nuestras tierras, con facilidad y gusto se sujetaron nuestros antepasados a ellos, porque naturalmente nos lleva los corazones y el afecto el traje y la bazaría de los huincas, a quienes servíamos a los principios con amor y buena voluntad... Principiaron a poco tiempo a llevar nuestras mujeres, nuestras hijas y muchachos a sus casas las señoras para servirse de ellas, y de ellos, como de nosotros lo hacían; y esto fue lo que nos empezó a desabrir y aún a desesperar. Con muy justa causa, (respondí al cacique) sacudiste el yugo que en las cervices os tenían puesto los que no supieron conservar en cristiandad, en justicia y quieta paz.

Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán sostiene que, siguiéndose los principios cristianos, se podría establecer la paz en este territorio; ya que *"los indios no se rebelaron ni cogieron las armas para hacer guerra a los españoles por aversión que tuvieron a nuestra religión cristiana, sino es por vengar los agravios y vejaciones que les hacían..."* Otro tanto podríamos decir en el día de hoy.

Después de retornar de su "cautiverio feliz", el ilustre español escribió y publicó personalmente su *Razón individual de las guerras dilatadas del Reino de Chile*, dedicándolo al Rey don Carlos Segundo. Viajó a España para lograr transformar sus ideas en políticas concretas, y no logró demasiado. Otros santos varones andaban en esos años por el mismo camino de la pacificación; el padre Luis de Valdivia, que construyó y escribió la primera gramática de la lengua mapuche, se entrevistó con el Rey, discutió y convenció, y finalmente perdió su batalla frente a los encomenderos y gobernadores. Murió solitario y abatido en una celda de monasterio en la península.

Pineda y Bascuñán expresa el inicio del criollismo, la constatación de que en esta tierra viven gentes diferentes, y deben seguir viviendo, con sus diferencias.

Unos siglos más tarde, Juan Ignacio Molina, jesuita, aporta a la historia de los desencuentros el haber sido el primero, o uno de los primeros —no sabemos— exiliados de este país. Desde su lejana celda de meticoloso escritor, recuerda a los naturales de su tierra con descripciones llenas de afectos:

Los araucanos habitan el bello espacio del país situado por una parte en los ríos Bío Bío y Valdivia (...) son generalmente nerviosos, robustos, bien proporcionados y de un aspecto enteramente soldadesco (...) dotados de una complexión fortísima y libres de las fatigosas ocupaciones que perturban a los pueblos cultos: no se sujetan sino tarde a las vicisitudes que trae consigo la vejez (...) la vida de ellos es de ordinario más larga que la de los españoles, se encuentran no pocos que viven más de cien años...

El relato del *Compendio de la Historia Civil de Reino de Chile*, se complementa con una visión entusiasta acerca del valor araucano y el amor patrio que lo ha llevado a mantener su libertad. Molina es quizá el antecesor inmediato del criollismo independentista de comienzos del siglo XIX. Chile en el siglo XVIII ya tenía criollaje, e intelectuales que re-



Batalla de Las Cangrejeras (1629).
Dibujo a pluma. Pineda y Bascuñán.
Archivo Nacional.

*Cautiverio fe
lis Del Mar Campo
General
Don Juan Nuñez de
Pineda y Bascuñán
Individuo de las guer
ras dilatadas del
Reino de Chile
Compuesto
Por el mismo Aca
démico Al Rey. A
D. Carlos Segundo
que Dios le dé
larga vida.*

flexionaban sobre la nacionalidad, en cuya base se encuentra el reconocimiento del mestizaje, la fusión racial y cultural que, a pesar de todos los conflictos, ha ido creando un nuevo pueblo, ni indio ni español.

Un autor señala que, a fines del siglo XVIII, *La Araucana* de Ercilla y Zúñiga había dejado de circular oficialmente en Chile, y en cambio circulaba de mano en mano entre los criollos, nacidos en Chile. En la sociedad española colonial fue prevaleciendo cada vez con más fuerza el discurso racial negativo, la imagen peyorativa y despreciativa del indio.

EL PATRIOTA ARAUCANO, NUEVA INCURSION EN BUSCA DE LAS RAICES

*El azul de mi cielo
el blanco de las montañas
el rojo de los copihues
y de la sangre araucana.*

El araucano patriota es la reproducción del estereotipo positivo en el período republicano. Surge de la necesidad de los criollos patriotas de encontrar raíces para su lucha contra el español. Los araucanos apertrechan de discurso al criollo independentista. De los días de la Independencia de Chile surge el estereotipo del indio araucano, valiente patriota, que derramó su sangre contra el español, defendiendo su suelo patrio. En aquellos días, los románticos ideólogos de la Independencia encontraron en Arauco un cúmulo de antecedentes que le daban a la lucha contra el español una larga historia; diríamos, hoy día, prehistoria. Sin ir más lejos, don Bernardo O'Higgins fue un gran araucanista. La viajera norteamericana Marfá Graham cuenta en sus memorias que el Director Supremo conoció algo de la lengua mapuche; una noche, estando de visita en el palacio, le fueron traídas un grupo de niñas mapuches, hijas de caciques según se le explicó, que habrían quedado huérfanas por causa de las guerras del sur. Vivían en el palacio con O'Higgins y éste se dirigió a ellas en su lengua con toda soltura. En el mensaje que dictó como Director Supremo a "nuestros hermanos los habitantes de la frontera sud", les decía:

Sello del Estado, 1812.

No conocemos en la tierra otro enemigo que el español; descendemos todos de unos mismos padres, habitantes bajo un mismo clima...

O'Higgins se apresuró a dictar leyes que otorgaban a los indígenas la misma condición de ciudadanos que el resto de la población. El decreto dice lo siguiente:

El Director Supremo del Estado de Chile de acuerdo con el excelentísimo Senado declara: El gobierno español, siguiendo las máximas de su inhumana política, conservó a los antiguos habitantes de la América bajo la denominación degradante de naturales. Era ésta una raza abyecta, que pagando un tributo anual, estaba privada de toda representación política y de todo recurso para salir de su condición servil (...). En una palabra, nacían esclavos, vivían sin participación de los beneficios de la sociedad y morían cubiertos de oprobio y miseria. El sistema liberal que ha adoptado Chile no puede permitir que esa porción de nuestra especie continúe en tal estado de abatimiento. Por tanto, declaro que para lo sucesivo deben ser llamados ciudadanos chilenos y libres como los demás habitantes del Estado, con quienes tendrán igual voz y representación, concurriendo por sí mismos a la celebración de todo contrato, a la defensa de sus causas, a contraer matrimonio, a comerciar, a



elegir las artes a que tengan inclinación y a ejercer la carrera de las letras o de las armas para obtener los empleos políticos o militares correspondientes a su aptitud⁴.

Se acaba el régimen de protección por considerarse oprobioso para los indígenas que, desde ese momento, pasaban a ser ciudadanos a plenitud. Lamentablemente, a pesar de las buenas intenciones, el liberalismo siempre ha sido perjudicial para los indígenas y, en general, los desposeídos. En la zona central desaparecieron los pueblos de indios que con anterioridad tenían alguna protección; se vendieron o arrebataron las tierras que pertenecían a los indígenas, y éstos o se fundieron en el mestizaje o simplemente se extinguieron sin dejar rastros. Pueblos de indios, tales como Pomaire, San Vicente de Tagua Tagua, Putú, Malloa, y tantos otros, o se transformaron perdiendo su carácter "indio" o murieron. Por lo general, latifundio y la pequeña propiedad se adueñaron de sus tierras. Al sur del Bío Bío los mapuches aún las defendían, pero el régimen de igualdad jurídica y de "libertad ciudadana" permitió que muchos comerciantes y aventureros pasaran la frontera y se las compraran a los caciques. Las tierras entre el Bío Bío y el Malleco fueron arrebatadas a los "ciudadanos mapuches" por no poseer defensa jurídica frente a los compradores; hoy día en esa zona casi no quedan indígenas.

La historia de los desencuentros continuó, a pesar de la buena voluntad de los actores. Los románticos independentistas alzaron su inflamada voz en defensa de los araucanos, se identificaron con su gente y avisaron un mundo en que chilenos y mapuches pudieran convivir armónicamente. La ideología camina —lamentablemente muchas veces— por carriles diferentes a los de la realidad. Bernardo Vera y Pintado, fogoso poeta patriota de los días de la Independencia, declamaba: ⁵

*Oh robustos maitenes, cuyos troncos
otro tiempo regó con sangre sin mezcla
la sangre del indómito araucano
con que selló su eterna Independencia,
Un día llegará en que asociados
a los nativos de esta bella selva
una familia sola formaremos
dulcificada su genial fiera,
Arauco entonces gustará los frutos
del comercio, las artes y las ciencias,
leyes agrarias reglarán sus campos
a la rusticidad y la indigencia
sustituirán la industria y relaciones
que traigan el placer y la riqueza.*

El romanticismo rousseauniano se hace presente en el ideario patriota. El salvaje viviendo puro y libre en medio de la naturaleza, reforzará la raza criolla; le dará nuevas vitalidades. Se sueña en la asociación entre chilenos y mapuches, punto de superación pacífica de la larga guerra entre españoles y araucanos. La fiera es "genial", ya que permitió la Independencia, pero es necesario "dulcificarla" para que traiga "el placer y la riqueza". El método será la educación y las leyes, de acuerdo a los principios del iluminismo francés

El jugador de chueca de Nicanor Plaza.



⁴ El Bando Supremo del 4 de marzo de 1819 lleva la firma de Don Bernardo O'Higgins y del Ministro Señor Echeverría.

⁵ Simón Collier reproduce este poema en su libro *Ideas Políticas de la Independencia de Chile*, publicado por la Editorial Andrés Bello.



Hércules y el jabalí de Calidón. Juan Bolonia (1529 - 1608).

que guiaban las ideas patriotas de la época. Don Juan Egaña, en sus *Cartas Pehuenches*, ve “la dichosa región que desconoce los usos de la Europa y los vicios del gran mundo”. El moralista verá en la no contaminación aborigen la base humana para hacer un país donde “la legislación nacional y la educación pueden cobrar una alta perfección teórica”; y argumentaba:

Lacedemonia cuando se confió a Licurgo, era un pueblo de revoltosos mucho más pobres y menor que Chile; Roma en tiempos de Rómulo era una ciudad de chozas habitadas por bandoleros; Atenas el país más estéril, inculto y pobre de Grecia, pero sus grandes hombres, etc...

Y en cambio oponía:

... un pueblo a quien la naturaleza ha favorecido con todos sus privilegiados dones...

Las leyes—lecturas de Montesquieu mediante—harían el trabajo de transformación de una naturaleza poderosa pero poco trabajada, libre de los vicios del mundo europeo, ubicada en una geografía pródiga y aislada relativamente del mundo, todo lo cual era garantía de grandeza para esta nación. Se esperaba que las leyes que formaban el Estado al mismo tiempo modelarían la nacionalidad, cultivarían a la gente y determinarían la moral de la sociedad. Una larga tradición jurídica se abriría en los inicios mismos de la Independencia. Era el legislador justo y prudente quien educaría a la población conduciéndola del estado natural a la civilización. Y en el proceso de construcción de esta ideología, Arauco y los mapuches eran nuevamente ubicados en el origen de la nacionalidad. Así, Egaña preguntaba:

¿Qué son los semidioses de la antigüedad al lado de nuestros araucanos? El Hércules de los griegos en todos sus puntos de comparación no es notablemente inferior al Caupolicán y al Tucapel de los chilenos?

Sin embargo, la historia de los desencuentros volvió a hacerse presente, fracturando la utopía romántica de los primeros independentistas. Habían terminado las guerras de la Independencia y el ejército realista, diezmado, se retiró al sur. Allí se produjo la primera “entrevista” entre los patriotas y los herederos de los grandes cíclopes helenísticos. En un teatro de Santiago se había representado una obra en que los patriotas llegaban al río Bío Bío e invitaban a los araucanos a festejar la Independencia, se abrazaban en medio de la música y la fanfarria y brillaban los tricolores y gorros frigios. Pero eso había sido el teatro. En el sur, los ejércitos de chilenos se enfrentaban a desesperados españoles que habían puesto a los mapuches sobre las armas. Recurriendo a los antiguos tratados firmados en los parlamentos, los realistas habían puesto a Mangin, jefe de los arribanos; a don Francisco Mariluán, gran cacique de Victoria y, en general, a casi todas las agrupaciones mapuches, contra los chilenos. Los costinos de Arauco se aliaron a Benavides, uno de los últimos jefes españoles, y aprovecharon de expulsar a los colonos que se venían metiendo en sus tierras. Los pehuenches de la Cordillera, azuzados por los frailes franciscanos de Chillán, se levantaron en montoneras. La hacienda Las Canteras, de propiedad del Director Supremo don Bernardo O’Higgins, fue saqueada y destruida completamente. Los campesinos pobres de Chillán, San Carlos, San Fabián de Alico y otras localidades fronterizas, se insubordinaron, se pagaron sus deudas con los criollos ricos, asaltaron y asesinaron pasándose al bando realista. Los Pincheiras fueron famosos en toda la región y asolaron también el lado argentino, con los pehuenches como sus mejores aliados.

La “guerra a muerte” fue el nombre que la soldadesca chilena dio a este episodio trágico del sur de Chile. Se diferenciaba claramente de la “guerra de ejércitos civilizados”

que había ocurrido en los años anteriores. Chacabuco, Maipú, Cancha Rayada, habían sido batallas entre ejércitos napoleónicos, organizados, estructurados y jerarquizados. Era el gran ballet de la guerra. La muerte era adornada con los avances de las caballerías, los toques de trompeta, las banderas y uniformes, y sobre todo con el cumplimiento cabal de las leyes de la guerra. Nada de eso ocurrió en el sur. Allí se enfrentaron los criollos con grupos irregulares, en un terreno apto para la guerrilla y el ataque sorpresivo, con un estilo de guerra fronteriza en que no existían reglas y donde, por el contrario, la lucha era brutal y encarnizada. El contraste fue terrible y la impresión de los señores chilenos enorme. Los mapuches atacaban con una fiera desconocida en sus caballos de crines largas, semidesnudos con sus vistosos trarilóncos, manejando con singular destreza las enormes *quilas* (lanzas). Los prisioneros eran lanceados, el saqueo era parte del hábito guerrero; en fin, no se trataba de un "deporte" reglamentado en que se arriesgaba la vida, se trataba de un acto de violencia salvaje y patético.

De este desencuentro surge una variante del estereotipo patriótico. Después de la "guerra a muerte", los araucanos ya no eran los mismos. El alcohol y el contacto con forajidos chilenos que se habían refugiado en su suelo, los habían degenerado, los habían vuelto violentos y sanguinarios. Ya no eran los "caballeros de la guerra" cantados por Ercilla; los nobles araucanos habían dado lugar a unos "sujetos peligrosos", valientes pero salvajes. Vicuña Mackenna dibujó este nuevo tipo de indígena. En su famoso libro *La guerra a muerte* retrata a algunos caciques —del lado chileno patriota— con ercillanos colores:

Era Venancio Coihuepán ("Renuevo de Roble") un indio ya viejo pero indómito, respetáble y temíanle en los cuatro butalmapus de la tierra, y a la verdad que su fama tenía por razón su altivez, su fidelidad y sus proezas. Ningún indio ostentaba una lanza igual a la suya en el grueso de la quila y en su longitud, y nadie la manejaba con más desenvoltura ni con más terribles estragos (...)

Especie de amalgama de Tucapel y Colo-Colo, Venancio Coihuepán era en 1820 la primera lanza y el primer político de Arauco.

A mediados del siglo XIX, aún se mantenía en la imagen de la intelectualidad chilena santiaguina, el estereotipo del araucano patriota, aunque se lo relativizaba con una visión peyorativa del salvajismo. Se hablaba de los indígenas sanguinarios que lucharon por el bando español, como el "feroz Chuica" de la cordillera, y de los que participaron junto a los Pincheira en correrías, saqueos y asaltos por casi una década. Numerosos hechos fueron desdibujando la imagen positiva y echaron agua al molino de la imagen negativa que en la segunda mitad del siglo pasado sería dominante. El propio Vicuña Mackenna escribe un singular folleto titulado *Elisa Bravo, o sea el misterio de su vida, de su cautividad y de su muerte, con las consecuencias políticas y públicas que la última tuvo para Chile*; este escrito tuvo gran repercusión en la sociedad chilena de la época. Relataba la historia del barco "Joven Daniel", un bergantín que viajaba entre Valdivia y Valparaíso con pasajeros y carga a bordo. La nave encalló en las playas de Puancho frente al lago Budi, en la costa de la actual ciudad de Temuco. La joven Elisa Bravo habría salvado con vida y, según la leyenda recogida por Vicuña, habría sido cautivada por un cacique y luego muerto. La sociedad santiaguina reflejaba su horror a los salvajes en la tierna figura de la niña Bravo. El pintor francés Monvoisin pintó un terrible cuadro alusivo al hecho.



Rapto de Trinidad Salcedo. Fragmento del óleo de Juan Mauricio Rugendas.

EL ESTEREOTIPO LIBERAL: CIVILIZACION Y BARBARIE

Fueron los historiadores e intelectuales liberales —y en especial Barros Arana, que entrega una imagen deprimente de "los indios de Chile"— quienes desataron la bipolaridad

"civilización y barbarie", resolviendo la contradicción ideológica planteada en el período de la Independencia. Para ellos, los indígenas eran salvajes de principio a fin, y las loas de Ercilla y otros poetas no dejaban de ser "arranques románticos" sin ningún fundamento. Es evidente la influencia del positivismo y evolucionismo europeo de la época, para los cuales la civilización occidental constituía el estadio superior de la cultura y las etapas anteriores estaban marcadas, con mayor o menor fuerza, por la barbarie.

La familia indígena no estaba constituida por los vínculos de los afectos suaves i tiernos que formaban los lazos de las familias civilizadas.

Al indígena no se le reconocía ni siquiera el mundo de los sentimientos humanos básicos. Se le consideraba un "ser de naturaleza", un ente sumergido en las pasiones más brutales, sin capacidad de conmoverse ni vivir más allá del reino de la brutalidad. De las mujeres, Barros Arana señala:

Esas infelices, vendidas por sus padres por un precio vil, casi podría decirse por algunos alimentos o por algún vestido, pasaban a constituir un hogar triste y sombrío, en que faltaban casi todos los goces de la vida doméstica.

... Y así sigue describiendo⁶ la vida de los antiguos habitantes de Chile, marcados a fuego por la necesidad, el hambre, la barbarie moral total. La civilización, en la historia del país, vino de Europa, a horcajadas de los caballos castellanos; la más moderna venía de Francia, a los sonos de la Marsellesa y el positivismo laico.

Hemos dicho más atrás que aquellos salvajes no conocían principio alguno de administración ni de gobierno (...) En efecto, los ultrajes que se inferían unos a otros, los robos que se hacían i hasta las heridas i los asesinatos no tenían más correctivo que la acción particular del ofendido y de sus deudos (...)

Un sagaz escritor (Alonso de Nájera) observa que a consecuencia de estas riñas constantes había muchos indios estropeados i no pocos que habían perdido un ojo...

Barros Arana, retomando a los escritores españoles anti-indígenas, inauguró una ancha y fecunda corriente que ve en los indígenas de estas tierras unos seres despreciables carentes de todo atractivo y fuente de incultura y brutalidades. Sin cansar al lector con tanta cita, digamos que este estereotipo sirvió de justificación ideológica para que el ejército chileno "pacificara" la Araucanía. Los diarios de la época asumieron plenamente esta visión de los indígenas y exigían que esa parte del territorio se pusiera bajo el manto protector de la "civilización", que las tierras "incultas" se cultivaran. Para ello era necesario traer "gente civilizada", del "mundo civilizado" de la época. La política de inmigración europea era totalmente coherente con la ideología reinante; el progreso pasaba por el proceso de civilizar las tierras salvajes. Hasta un hombre tan cariñoso con los indígenas y conocedor de ellos como don Tomás Guevara, titula su famoso libro *Historia de la civilización de la Araucanía*, y entiende que el proceso vivido entre la llegada de Valdivia y el triunfo de las armas chilenas a fines del siglo XIX, es un proceso de civilización.

El desencuentro sigue siendo trágico en la historia de este país. En esos años ocurrió una triste y negra historia: el "civilizado" ejército chileno se fue adentrando en la Araucanía, utilizando el "civilizado" método del saqueo, el incendio, el robo de animales y finalmente la usurpación de todo el territorio. Entre 1866 y 1883 avanzaron las líneas de frontera desde el río Bío Bío hasta el borde del lago Villarrica. Los mapuches resistie-



Quintroneo, de Emilio Lillo. Dibujo de Mas y Fondevila. La Ilustración artística. Barcelona [1915].

⁶ Primer Tomo de la *Historia General de Chile*, páginas 75 y SS., Edición de Rafael Jover de 1884.

ron hasta el final a la civilización "que viene tronando con ruido de cañón", como decía un editorialista en un diario santiaguino de la época. En nombre de la civilización se cometió uno de los actos menos civilizados que han ocurrido en este poco civilizado territorio.

INDIO FLOJO Y BORRACHO: EL RACISMO DE LA SOCIEDAD URBANA

El siglo veinte hace su entrada en el sur de Chile al zumbido pujante de las locomotoras. El tren es el símbolo del sur, de los pueblos de colonos que se van levantando: el Lautaro lluvioso y oscuro, contado y cantado por Jorge Teiller. Los terrenos mapuches se han repartido y los "trabajadores alemanes"—estereotipo positivo opuesto a los "poco-buenos para el trabajo" chilenos— que "trabajan como idiotas"—estereotipo negativo de los "astutos chilenos"—, repetimos, los colonos alemanes y de otras nacionalidades abren las tierras, las cultivan y tratan de triunfar en este nuevo mundo. A eso han venido. En su país estaban reventados. Los mapuches, en cambio, son de otra historia. Eran ganaderos, no agricultores. El hombre tenía vergüenza de tomar la pala: eso era cosa de las mujeres. Ellos habían sido guerreros, era indigno estar agachando a recoger raíces y plantas. No sabe además qué hacer con su tierra, no sabe arar, ni por lo general tiene arados. Nadie lo ayuda, con excepción notable de la Misión Anglicana dirigida por Mr. Wilson, que no sólo tradujo el Nuevo Testamento al *Mapudungu* (idioma mapuche), sino que enseñó a plantar árboles, a formar quintas y chacras, a mejorar los pastizales y trigales. Los capuchinos hicieron otro tanto, o trataron de hacerlo. Pareciera que allí, en el desconocimiento agrícola, está el origen, el elemento de realidad del estereotipo de "indio flojo". La propiedad del alemán prosperaba, la del mapuche se deterioraba. Los animales le comían el poco pasto que había; no sabía rotar las siembras, cuidar los terrenos y el suelo; la erosión lavaba las colinas, etc., etc., etc. ... El indio flojo sentado frente a su ruca, rumiando su pena en el mejor de los casos, o, en el peor, esperando salir a emborracharse...

El mapuche se había resistido por siglos a someterse al régimen de trabajo asalariado, o a los sistemas más primitivos de la mita y la esclavitud. Ese fue el elemento central de su independencia como nación, como pueblo. Por tanto, no poseía ni la cultura del trabajo campesino agrícola—levantada de madrugada y trabajo rudo hasta terminar el día— ni tampoco la disciplina del trabajador. Durante las primeras décadas del siglo, el mapuche, rhasivamente, no ingresó a la fuerza de trabajo. Será la segunda y tercera generación, formada por la escuela, y sobre todo por el "servicio militar", la que ingresará en la fuerza de trabajo asalariada. Durante largas décadas el mapuche será "flojo" a los ojos del campesino agricultor y a los ojos del contratador de fuerza de trabajo. Se dice: "buenos trabajadores, fuertes, pero hoy que estar encima, hoy que vigilarlos, porque son flojos".

La borrachera ya la hemos comentado. El mapuche ha sido siempre un gran bebedor y de allí le viene su fama de borracho. ¿Toma más que otros sectores de la sociedad chilena? Los estudios parecerían decir que no. Lo que ocurre es que bebe de manera distinta. Bebe cuando va al pueblo y, por tanto, es "público y notorio". Bebe sin comer y con una dieta muy magra en grasas, que le hace absorber rápidamente. El mapuche se emborracha fácil y totalmente. Mala cultura alcohólica, propia de un pueblo que ha usado el alcohol para realizar funciones comunitarias: fiestas, cahuines, nguillatunes. Sobre todo los velorios y entierros van precedidos, seguidos y terminados, de grandes libaciones. Pero como resulta obvio para cualquier observador, no toman ni más ni menos que los campesinos de la zona central y, por supuesto, toman en proporción (per cápita anual, por ejemplo) mucho menos que los franceses, italianos o españoles. Nadie afirmaría que estos in-



Lautaro provisto de una macana; al mismo tiempo, lleva casco e implementos españoles. Dibujo de Fray Diego de Ocaña (1600)

dustriosos y cultos pueblos se caracterizan centralmente por ser borrachos, aunque el promedio de sus dosis de ingestión sea sustantivamente mayor... y mejor.

Durante el siglo veinte, el país se ve en la homérica tarea de combinar el discurso del araucano patriota y caupolicano que aparece en los libros de historia escolares, con la imagen estereotipada del indio flojo y borracho. Surge la idea de "raza degenerada", que trata de compaginar en algo las cosas. El desencuentro ya histórico se produce en el nivel de la ideología, en el nivel de la representación del propio pasado, de los orígenes del país.

EL INDI0 DEL PUEBLO

La imagen estereotipada negativa ha sido dominante en este siglo; sin embargo, vuelve poco a poco a renacer una imagen positiva de los mapuches, que eclosiona en la década del sesenta y que posee un gran atractivo entre la juventud urbana del país. Se trata de la imagen guerrera ubicada en el contexto contemporáneo de las guerras sociales. Por historia, por idiosincracia, por veinte mil razones que después veremos, los mapuches representarán uno de los sectores más comprometidos con la lucha contra la explotación, el cambio social, la insurgencia social, en fin, la revolución. Lautaro es visto por cierta parte de la sociedad—su izquierda, por supuesto— como el líder revolucionario que combatió al "Imperialismo español":

*La sangre toca un corredor de cuarzo
la piedra crece donde cae la gata,
así nace Lautaro de la tierra.*

Neruda. *Canto General*

El folklore ha hecho su parte, llevando la imagen al terreno masivo del canto popular:

*Arauco tiene una pena
más negra que su chamal,
son injusticias de siglo
que yo no puedo callar.*

Violeta Parra

Violeta Parra en sus canciones, Pablo Neruda en el *Canto General*, la novela costumbrista indigenista y de denuncia, pintores y grabadistas, han ido forjando una cultura nacional y progresista en que el indígena ocupa un lugar muy importante, por una parte como el sector más explotado de la sociedad y, por otra, como el que posee más fuerza histórica para liberarse. Estos grandes intelectuales chilenos sin duda han sido influenciados por las corrientes indigenistas que, entre la década del treinta y el cincuenta, dominaron la cultura progresista latinoamericana.

Llegó Lautaro en un galope negro de caballos...

Pero el origen del encuentro entre los mapuches y la izquierda política y cultural se remonta más atrás, quizás a los años veinte, cuando surgió el movimiento popular en la escena política nacional frente a las tropelías de que eran objeto los mapuches por parte de los nuevos ocupantes de la Araucanía. Las corridas de cerco, las expulsiones de tierras cedidas, las marcaciones a fuego, los castigos corporales e incluso asesinatos, eran cuestión cotidiana. Reinaba la ley del más fuerte, y los mapuches eran los más débiles. Los caciques juntaban unos dineros y viajaban a Santiago "a hablar con el Presidente". Por lo ge-



Lautaro, obra dramática de Isidora Aguirre.

Lautaro Guerrillero
Dibujo de Santos Chávex



neral no eran recibidos, sino tramitados en oficinas públicas y juzgados, sin ser escuchados por nadie. Con la excepción de algunos frailes capuchinos que los ayudaban en sus presiones frente a la autoridad, nadie los atendía. La excepción estuvo constituida justamente por las organizaciones y periódicos obreros que, atentos a denunciar cualquier injusticia, sintieron solidaridad con este sector "de chilenos". Los diarios de la FOCH (*Federación Obrera de Chile*), *Justicia*, *La Federación Obrera* y tantos otros, son testigos hasta el día de hoy de estas visitas. Los caciques aparecen fotografiados, con sus pobres ropas de gente pobre, denunciando el robo de sus tierras, la injusticia cometida por tal o cual colono, etc...

Al igual que los independentistas patriotas, el movimiento obrero buscó sus raíces libertarias, encontrándolas en la imagen del "araucano revolucionario". Encendidos editoriales asemejaban a los Lautaros de ayer con los obreros en huelga y las luchas de los araucanos por su libertad con la lucha de los proletarios por sus derechos.

Pero una vez más la historia de los desencuentros toma la palabra en este asunto. El movimiento obrero de corte racionalista, positivista, científico, se encontró enfrentado a un movimiento étnico que reivindicaba la vigencia de sus tradiciones ("precapitalistas"), el respeto por su religión ("magia y superstición"), la defensa de su tierra privada ("individualismo del pequeño propietario"). Los fochistas iban al sur y se encontraban frente a asambleas que, junto con denunciar las usurpaciones, rezaban y bailaban en el *Nguillatún*. El movimiento obrero comprendió, solidarizó y aceptó la lucha de los mapuches, pero no admitió su autonomía étnica.

Nos han relatado que hacia el año treinta y dos, el Partido Comunista y la Federación Obrera enviaron a Temuco a Bascuñán Zurita con la misión de organizar células partidarias en el campo, en las comunidades. Por cierto que el intento fracasó y sólo se lograron formar ciertos grupos entre mapuches organizados, principalmente profesores primarios. En el campo la gran masa seguiría siendo mapuche y difícilmente entraba en la lógica racionalista de los revolucionarios obreros. Es por ello que, a pesar del trabajo realizado en la década del treinta, a pesar de la creación de un *Frente Único Araucano* en tiempo del *Frente Popular*, a pesar de la acción del Estado, en los años cuarenta y cincuenta dominaba la escena indígena el movimiento dirigido por Venancio Coñuepan. Se trataba de una sociedad constituida en Temuco, primeramente denominada *Sociedad Caupolen* y posteriormente rebautizada como *Corporación Araucana*. Coñuepan era un joven y próspero comerciante de Temuco que planteaba un indigenismo moderado e integracionista. Participó de la reunión de *Patzcuaro*, donde se fundó el *Instituto Indigenista Americano*, y desplazó en el país ese tipo de discurso. Coñuepan reunió a las grandes mayorías indígenas en torno a un discurso de fuertes resonancias étnicas. Su posición en la política chilena tendió crecientemente hacia la derecha: pasó de una amistad con don Pedro Aguirre Cerdá a una fuerte relación con don Carlos Ibáñez del Campo, bajo cuya segunda presidencia fue nombrado Ministro de Tierras y Colonización y primer director de la *División de Asuntos Indígenas* por él creada. En esos años su movimiento logró elegir dos diputados nacionales (Cayupí y Romero), y nominó a alcaldes y regidores en casi todos los pueblos de la Araucanía. Posteriormente, Coñuepan ingresó junto a buena parte de su movimiento al *Partido Conservador*, y murió siendo diputado del *Partido Nacional* (de derecha), a fines de los años sesenta. El movimiento indigenista más fuerte y estructurado de este período, el que concitó el apoyo más unánime de los mapuches, el que logró más presencia de los indígenas en la sociedad chilena y en el Estado, fue —desencontradamente— un movimiento capitalizado, manipulado y aprovechado por la derecha política nacional. Desgraciadamente el discurso proletario de las izquierdas ligadas al movimiento obrero, durante la década del cuarenta y cincuenta —a lo menos— no tuvo recepción masiva entre los mapuches.



Interior de ruca, fotografía de fines del siglo pasado.

Historia de la medicina (fragmento). Julio Escámez.



La historia de este estereotipo tiene su tragedia en los finales de la década del sesenta, en que los mapuches, guiados por sus ancestrales reivindicaciones, se movilizan por la recuperación de sus tierras usurpadas. Amplios sectores izquierdistas observan y leen estas presiones con el prisma del estereotipo revolucionario. Muchos estudiantes van a la Araucanía en busca de la "*vanguardia lautarina*", que combinaba el romanticismo juvenil urbano con la larga explotación a que eran sometidos los indígenas. El *Consejo Comunal Campesino* del pueblo de Lautaro es visto como el modelo de soviet campesino, tanto por las izquierdas como por la prensa derechista, que hace del "*Cautinazo*" un jalón insuperable dentro de la fantasmagórica lucha por el poder. El final de la historia es conocido, aunque no sabido. Los militares confunden a los mapuches que luchaban por recuperar sus pequeños retazos de tierra, con feroces bolcheviques rusos que pretenden atacar el poder y revertir la sociedad civilizada. La civilización occidental contra la barbarie moderna, simbolizada en el bolcheviquismo, vuelven a enfrentarse. La represión contra los mapuches no tiene parangón y es del todo desproporcionada. Los hechos habría que relatarlos algún día en que se calmen los ánimos y sea posible la justicia.

Los estereotipos conducen a veces a una tragedia de equivocaciones. Se ven personas, gente, conductas, que no son tales. Los hechos se interpretan de manera antojadiza, velados por la imagen que se tiene previamente; una construcción imaginaria que les sirve a los hombres para ver lo que quieran ver y negar la realidad. Pareciera difícil de cambiar.

Para terminar... Estas historias de estereotipos y desencuentros hablan de una sociedad terriblemente intolerante y, más aún, racista: la sociedad chilena, que no se puede acercar con los ojos limpios ni a su historia ni al pueblo aborigen que tiene por dentro y a su lado. Es una sociedad cargada de traumáticos desencuentros con sus orígenes, negadora de su ancestro, aniquiladora de su mestizaje. Una cultura nacional fecunda debería arreglar cuentas con el pasado, resolver su conflicto con la sociedad presente y renegar de un racismo intolerante que, tanto en sus signos negativos como positivos, lo único que logra es la esterilidad.

Los desencuentros de esta historia continúan. El indio salvaje se reproduce en las "*clases peligrosas*", en los mestizos pobres que pueblan ahora los bordes de las ciudades. Son flojos y borrachos al igual que antes, brutos llenos de pasiones y sensualidades. El pueblo es visto con los ojos del desprecio y el miedo de quienes habitan el otro lado de la frontera urbana, de la plaza Italia hacia arriba, nuevo río Bío Bío cuidado celosamente por el ejército de la frontera, pagado con el "*real situado*" que sigue viniendo del norte. Y ese mismo pueblo continúa siendo visto con el entusiasmo rousseauniano de los poetas que lo elevan al olimpo de las virtudes, del fervor revolucionario que ve a "*Lautaro en traje de relámpago*", del populismo irracional que bebe del pueblo su verdad mística, o del obrerismo decimonónico que lo interpreta como la conciencia histórica total.

Frente a las dos historias del pueblo, nos gusta sin duda más la positiva que la negativa, pero no podemos menos que hacer un esfuerzo por salir del desencuentro y el estereotipo para buscar, con un mínimo de realidad, convivir en este suelo, tal como somos, con un poco de cada parte, mestizos, mezclados, un poco hijos de algo, mucho de extranjero inmigrante, otro tanto de indígena, raza mestiza, pueblo que puede esperar días mejores, que después de tanta guerra, quizás cansado, se lo merece.



REFERENCIAS POR ORDEN DE APARICION

- Alonso de Ovalle, *Histórica Relación del Reyno de Chile y de las misiones y ministerios que ejercita en él la Compañía de Jesús*. Instituto de Literatura chilena, Santiago, 1969.
- Gastón Sepúlveda, *Comunicación en la V Semana Indigenista*. Universidad Católica de Chile, Sede Temuco, noviembre de 1983.
- Alonso de Ercilla y Zúñiga, *La Araucana*. Texto publicado por José Toribio Medina, Santiago, 1920-23.
- Santiago de Tesillo, *El Epítome chileno*. Editado por José Toribio Medina. Reimpresión facsimilar a plana y renglón con un breve prólogo. Santiago, 1911.
- Alonso González de Nájera, *Desengaño y reparo de la guerra del Reyno de Chile*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1971.
- John Cooper, "The Araucanians", en *Handbook of South American Indians*. Smithsonian Institution, Washington D.C., 1946. Vol. 3, pp. 687-760.
- Francisco Núñez de Pineda y Basuñán, *El Cautiverio Feliz*. Editorial Universitaria, Santiago, 1973. Edición abreviada a cargo de A. Lipstchutz y A. Jara.
- Juan Ignacio Molina (Abate), *Compendio de la Historia Geográfica Natural y Civil del Reyno de Chile* (1787). Edición abreviada en: Editorial Universitaria, Santiago, 1962.
- María Graham, *Diario de mi residencia en Chile*. Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1974.
- Julio Zenteno, *Recopilación de leyes y decretos supremos sobre colonización, 1810 - 1896*. Imprenta Nacional, Santiago, 1903.
- Alvaro Jara, *Legislación Indigenista de Chile*. Instituto Indigenista Americano, México, 1956.
- Simón Collier, *Ideas y políticas de la Independencia chilena*. Editorial Andrés Bello, Santiago, 1977.
- Benjamín Vicuña Mackenna, *La Guerra a Muerte*. Editorial Francisco de Aguirre, Santiago/Buenos Aires, 1975.
- Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*. Editor Rafael Jover, Santiago, 1884. 1er. Tomo.
- Wilson Cantón, *Relaciones del mapuche con la sociedad nacional chilena*. Escuela Latinoamericana de Sociología, Santiago, 1972.
- Pablo Neruda, *Canto General*. América Edición de 1950.
- Violeta Parra, *Décimas*. Editorial Pomaire, Barcelona, 1975.

FUENTES ICONOGRAFICAS

- Hernán Godoy Urzúa, *La Cultura Chilena*. Editorial Universitaria. Santiago de Chile. 1982./Gastón Soubllette, *La Estrella de Chile*. Ediciones Universitarias de Valparaíso. Chile. 1984./Carlos Barella, *Lautaro Guerrillero*. Ediciones Nueva Universidad. Santiago de Chile. 1971.

